

# *Tiempos pasados, memorias presentes: Reflexiones y representaciones en el espacio postdictatorial argentino*

Daniela Goldfine

University of Minnesota

*"Nada debe impedir la recuperación de la memoria [...] tal derecho se convierte en un deber: el de acordarse, el de testimoniar"* (Todorov 17-18).

*"Mi historia, la que cuento en estas páginas, no solo es mía, de Victoria o de Analía, sino que es la historia de la Argentina, una historia de intolerancia, violencia y mentiras cuyas consecuencias se viven todavía"* (Donda 98).

## **Elaborando un marco teórico de la memoria**

En el prólogo de *Pasado y Presente: Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Hugo Vezzetti aclara cómo los desaparecidos se convirtieron en el símbolo de una fractura en la trama social y que "ha llegado a ocupar un lugar ejemplar, separado de las circunstancias locales, en la evocación de las tragedias del siglo XX" (11).<sup>1</sup> El autor va a querer separar, desde el principio, la tragedia individual de los desaparecidos y sobrevivientes del gran esquema político y social por el que pasó el país, mirando siempre con cierta objetividad tanto el trauma personal como los actores principales de la experiencia social de violencia y terrorismo de Estado. Para resumir el objetivo de su proyecto, Vezzetti dice que se trata de un estudio de la memoria social, mientras intenta interrogar esa misma categoría. Del mismo modo hace un minucioso análisis de las responsabilidades de la sociedad, lo cual él llama un derrumbe civilizatorio y examina las representaciones (imágenes, ideas y discursos) "que son la materia misma de la memoria y la experiencia sociales" (14) —lo cual está atado a la trivialización mediática que también va a mencionar.<sup>2</sup> Vezzetti también piensa en las cuestiones de la memoria y el olvido como dos formas de la tragedia: "una es la que propone dar vuelta la página, la otra pretende retomar el combate en la misma escena congelada" (16). Es decir, que en un caso se produce la amnesia y en el otro la alucinación; se trata de un olvido a medias. El autor explica que "una memoria del pasado más cercano, abierto a sus efectos en el presente, no puede eludir una serie más larga y que el trazado mismo de los acontecimientos clave en ese relato está abierto a las luchas propias de la memoria social" (16). Es sugestiva la idea del potencial mitológico del que habla, así como el hecho de que hay memoria de lo que no se vivió, de lo que no sucedió, y que el trabajo "no va del acontecimiento al recuerdo, sino al revés, de formaciones y marcos anteriores a la significación de acontecimientos que nunca podrían ser admitidos por una memoria vacía" (17).<sup>3</sup> Es el propósito de este trabajo argumentar un marco teórico basado en la obra de Hugo Vezzetti para intentar una reflexión sobre el lugar que ocupa la generación nacida en los años setenta en la Argentina dentro del marco de la memoria y la necesidad de re-pensarse y re-posicionarse a partir de los sucesos políticos que convirtieron a estos jóvenes en actores involuntarios dentro de una lucha marcada por la violencia y la represión.<sup>4</sup>

En la introducción, Vezzetti discute la problemática de la memoria social, la cual surgió como una forma de resistencia para imponerse a la clandestinidad que se asoció con el período represivo. El autor reflexiona sobre el imperativo de la memoria, "es decir, la lucha contra formas históricas o institucionales de olvido o falsificación de lo sucedido" (22) —una noción que se ve presente en varios de los autores contemporáneos que estudian los temas de

la memoria y del olvido, como Tzvetan Todorov, Maurice Halbwachs y Giorgio Agamben, entre varios otros. Lo que resulta un concepto novedoso es lo que Vezzetti opina de la conexión entre memoria y justicia: “Esa íntima relación de los deberes de la memoria con los imperativos de la Justicia en términos generales ha quedado incorporado al discurso y las acciones del campo de los derechos humanos y ha dominado una zona fundamental de la recuperación de ese pasado” (23-24). Esta función reparatoria (como la llama el autor) de la memoria y este vínculo con los derechos humanos funciona exponientemente en el caso argentino frente a la necesidad de rememorar lo acontecido durante la última dictadura militar; precisamente, como oposición a las llamadas “leyes de impunidad”—la leyes de Obediencia Debida y de Punto Final (ambas dictadas durante el gobierno de Raúl Alfonsín) y los indultos del gobierno de Carlos Menem. Vezzetti menciona el caso de *Nunca más* — “narración que fijaba un *marco de verdad*” (117) — como fundamental para quien trabaja con la memoria desde la perspectiva argentina.<sup>5</sup> La validez del *Informe final de la Comisión Sobre la Desaparición de Personas* radica en la posición de “acto originario que afirmaba la autoridad civil y devolvía cierto protagonismo a las víctimas que en ese punto comenzaban a representar a la sociedad” (28).<sup>6</sup> El hecho singular provino de darle lugar a las víctimas para no solamente contribuir con su relato al desvelamiento de la atrocidad pasada sino también de enfatizar la importancia imperativa de los derechos humanos en la “nueva” y democrática sociedad argentina y, sobre todo, empezar (¿continuar?) el proceso de formación de la memoria social de dicha sociedad.

Al discutir la memoria colectiva, Vezzetti explica que “se trata de una *práctica social* que requiere de materiales, de instrumentos y de soportes. Su forma y su *sustancia* no residen en formaciones mentales y dependen de *marcos materiales*, de artefactos públicos: ceremonias, libros, films, monumentos, lugares” (32). Esta noción de los “marcos materiales”, es la que nos permite tomar, por ejemplo, al *Parque de la memoria* (situado en la ciudad de Buenos Aires) como paradigma de la memoria colectiva. Si de las 30.000 placas que se presentan sólo 9.000 tienen grabadas los nombres de hombres, mujeres y niños víctimas del terrorismo de Estado: ¿qué sucede con el silencio de las 21.000 placas restantes?<sup>7</sup> ¿Es una forma de repetir la pérdida de la identidad? Es decir, por un lado se encuentra la pérdida de la subjetividad propia en los campos al convertirse las personas secuestradas solamente en cuerpos y en la pérdida del nombre propio que es reemplazado por un número. O, como dice el sitio del *Parque* en la red: “En este sentido, consideramos que la nómina de este Monumento aun es objeto de permanente construcción y revisión.” Entonces, la posibilidad de que el monumento, el “marco material”, evolucione y esté en constante movimiento brinda un espacio (físico y mental) donde el recordar no tiene (un) fin, sino que se presenta como un eslabón de la cadena que conlleva los derechos humanos, la participación democrática y la conmemoración del pasado en un presente significativo.

En cuanto al olvido, Vezzetti se pregunta: “¿Qué es olvidar, sino abrir un tramo y un espacio virtual de recuerdo, justamente porque eso que no está presente, que no es vivido ni pensado está latentemente disponible para ser evocado, confrontado, incluso discutido o rectificado por un acto de la memoria?” (36). Luego agrega que el Juicio a las Juntas “instauró una significación ampliamente consensual no sólo acerca de lo sucedido sino, sobre todo, de *lo que debía quedar atrás*” (115). Esta quizás sea la tarea más ardua, ya que el olvido parecería ser una parte del recuerdo que se deja de lado pero, al mismo tiempo, contiene en sí la posibilidad de tener acceso a éste. Por lo tanto se manifiesta como algo intangible y resbaladizo que está presente y ausente al mismo tiempo: una sombra que en todo momento atisba a cubrir (aunque sea parcialmente) el recuerdo. Con respecto a la memoria testimonial, el autor aclara: “Frente a las expresiones de *memoria testimonial*,

plenamente confiada en la clarividencia de los actores y en la transparencia de los testimonios, vale la pena insistir en que los acontecimientos del pasado son opacos y mucho más cuando se trata de cernir su impacto sobre el presente” (46). Ya se han visto centenares de “marcos materiales” de este tipo de memoria, pero un fenómeno notable se está dando en estos últimos años cuando en vez de escuchar solamente de las experiencias de aquella generación que vivió la Guerra Sucia, es la generación de “la cría del Proceso” (los que nacieron entre principios de los años setenta y principios de los ochenta) quienes están empezando a dar sus propias visiones de lo que esos años significaron en su formación y en su memoria. El debate más notorio parece darse entre los que consideran esta memoria postmemoria, ya que estos jóvenes eran muy pequeños en esos años y no podrían recordar lo que sucedió, y los que juzgan esta memoria como con matices testimoniales.<sup>8</sup>

Con respecto a la mención del Holocausto como referencia obligada cuando hablamos de crímenes masivos y/o genocidios de los últimos siglos, Vezzetti dice que “si la memoria ha adquirido en nuestro país el sentido de una responsabilidad ética y política colectivas, no puede eludirse que esa condición quedó asociada con el impacto moral e intelectual del acontecimiento que ha marcado para la conciencia occidental la figura mayor de los crímenes contra la humanidad: el Holocausto” (111). Es primordial el rol del sobreviviente o aparecido, como explica el autor, para dar testimonio. Primero tenían que enfrentar el silencio impuesto por la negación de sus familiares y amigos de saber que había pasado y, luego, “cuando el periodismo y el *Nunca más* implantaba y extendía el conocimiento de los crímenes” (119) terminaban siendo construidos en una figura purificada de víctima.<sup>910</sup> Entonces, la figura del desaparecido funcionaba mejor en ese marco de inocencia, pero éste no podía dar testimonio. Siguiendo con esta conexión entre pasado y presente, el autor explica: “Dado que no hay presente sin memoria, es decir, que cierta reintegración y relato del pasado cumple una función de legitimación del presente, el nuevo sentido común democrático se enfrentaba con el problema mayor de crear las bases de una memoria común (que no borrara ciertas diferencias) capaz de recuperar, y en alguna medida inventar, un pasado comunicable con ese nuevo presente” (140-141).

Volviendo a pensar en la memoria testimonial Vezzetti explica que “el imperativo de contar se enfrenta inmediatamente con la conciencia de los obstáculos... La memoria testimonial, viene a decir Primo Levi, es a la vez ‘fuente esencial para la reconstrucción’ y una herramienta insegura: de allí los interminables rodeos y búsquedas para eludir las trampas de la visión parcial, de la ausencia de perspectiva, del esquematismo maniqueo... los recuerdos, se disculpa, son ‘una fuente sospechosa’” (182). Es Dori Laub en *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis, and History* (co-escrito con Shoshana Felman) el que relata la historia de la mujer que sobrevivió el Holocausto y cuenta el día que llegaron a rescatarla (62). Ella dice que vio explotar cuatro chimeneas, pero en realidad fue sólo una. Los historiadores ven el testimonio de esta mujer como problemático porque no está diciendo la “verdad” y Laub argumenta que lo importante es lo que significó para ella ver explotar esa chimenea, no cuántas fueron. Entonces, ¿cómo reunimos estas dos visiones de la historia/versiones de la memoria? Una forma que hemos visto en literatura es la forma de nombrar un texto plagado por autoreferencialidades y datos biográficos como novela de ficción. De esta manera el espacio de lo que es “la verdad” queda divergido para dar lugar a testimonios en un formato más lírico. Las autoras argentinas Alicia Kozameh, Nora Strejilevich, Alicia Partnoy, son sólo algunos ejemplos de esta forma de escritura, pero sus obras forman parte de la formación de la memoria colectiva. En palabras de Vezzetti:

La memoria colectiva, en cambio simplifica y tiende a ver los acontecimientos desde una perspectiva única que rechaza la ambigüedad y hasta reduce los acontecimientos a arquetipos fijados... Y en la medida en que se reconozca la relación de la memoria social con la dimensión de la *identidad*, hay que admitir que sus elecciones dependen sobre todo de rasgos y valores que serían centrales para la autorrepresentación de un grupo o una comunidad. (192)<sup>11</sup>

Por lo tanto, habría que mantener en todo momento la distancia entre la memoria colectiva y el derecho individual de retener/descartar ciertos recuerdos para no convertir a la primera en una memoria predeterminada y estática, que no permita flexibilidad en su marco.<sup>12</sup> Al estar la memoria social ligada a la identidad podríamos pensarla como una memoria más maleable y elástica y, por lo tanto, más representativa.

Justamente es Maurice Halbwachs el que explica que la idea de que la memoria colectiva no es dada, sino que se muestra como una noción socialmente construida: "While the collective memory endures and draws strength from its base in a coherent body of people, it is individuals as group members who remember" (22). La memoria colectiva sobrevive en varios y diversos grupos de la sociedad, pero se problematiza el hecho de que sean las instituciones las que, no sólo salvaguarden el pasado, pero que también lo interpreten—sumado a las múltiples complicaciones que esto puede traer, agregando las discrepancias de interpretaciones dadas por las diferentes instituciones que se encargan de esta interpretación.

El siguiente pasaje de Halbwachs propone la idea de que la sociedad exige a la gente a reproducir ciertos pensamientos y también a acortarlos, lo que cual es en sí problemático y obliga la pregunta: ¿quién es "la sociedad"? "Society from time to time obligates people not just to reproduce in thought previous events of their lives, but also to touch them up, to shorten them, or to complete them so that, however convinced we are that our memories are exact, we give them a prestige that reality did not possess." Habría que pensar que lo problemático deviene de que únicamente lo que logra acomodarse en los sentidos sociales y en la visión global de una sociedad logra ser memoria colectiva. Sin embargo, pensando en Vezzetti, los testigos no siempre logran entrar/ser memoria colectiva. El psicólogo argentino habla del fracaso de darle un lugar al testimonio una vez pasado el momento de relevación de las atrocidades cometidas. Lo cual sería interesante pensarlo desde la posición de Andreas Huyssen cuando dice que la historia "tendrá que estar compuesta por historias locales secundarias, innumerables pequeñas narrativas de rango y profundidad diferentes que podrán o no un día ser entrelazadas para formar alguna narrativa histórica notable sobre estos años de salida del siglo veinte" (*La cultura* 8). Esta inmensa posibilidad que estas "pequeñas narrativas" tengan un lugar en la Historia y en las posibilidades que eso abriría trae a pensar cómo es que estas pequeñas narrativas llegarían a formar parte de un canon de la memoria, quién sería el intermediario para que estas narrativas llegaran a la historia oficial y cuáles serían las consecuencias de necesitar del mencionado intermediario. Entonces, el tema del testigo y de cómo encontrar su lugar en la memoria colectiva y en la Historia es lo que se tendría que proponer como preocupación esencial dentro de la lucha por los derechos humanos.

Igualmente, Huyssen demuestra la relación entre trauma y memoria en una manera singular al decir que la memoria es "más que la cárcel de un pasado infeliz" (*La cultura* 8) y agrega que "esta preocupación actual por la memoria y el recuerdo, diría, posee su costado benéfico, especialmente cuando va mas allá de nociones como la utopía de la redención y meras visiones nostálgicas del pasado" (*La cultura* 8). Lo cual nos lleva, una vez más, a

pensar que existe un lugar para el testigo y a cuestionarnos por qué se encuentra resistencia para dar ese lugar. Todas estas discusiones sobre la memoria parecen estar englobadas bajo la consigna de “no olvidar”, del “nunca más”, por las cuales Huyssen considera que

ahora el gran mandato consiste en recordar y el olvido es denostado como algo antiético, políticamente incorrecto o algo peor. ‘Nunca más’ es el sublime mandato en este tardío siglo XX... El mandato universal del ‘nunca más’ y el uso de la memoria con fines políticos se han convertido efectivamente en un velo que cubre y oculta las atrocidades que tiene lugar en nuestro mundo actual: aquí la memoria del Holocausto funciona como pantalla que hace invisible. Tenemos que enfrentarnos a la difícil cuestión de ver en qué medida los rituales de la memoria pública en nuestra cultura constituyen, al mismo tiempo, estrategias para olvidar. (9)

Por un lado no es esforzado estar de acuerdo con el autor al ver ciertos actos del gobierno argentino que parecen utilizar el tema de la memoria para ganar adeptos/votos. Por otro lado, si no trabajamos por “el mandato universal del nunca más”, ¿por/para qué trabajamos? Se podría decir que es un riesgo calculado el trabajar por el “nunca más” aunque eso implique ser usado políticamente. Cada uno deberá cuestionarse si es un riesgo que vale la pena correr.

En cuanto específicamente a Latinoamérica, en especial a Argentina y Chile, el autor menciona que en estos países encontramos una política de la memoria organizada en torno a relaciones familiares, lo cual complica la relación entre lo privado y personal y lo político: “Se trata más bien de la función y las políticas de un discurso post-traumático de la memoria que jamás llegará a una conclusión satisfactoria y que siempre se verá asediado ya sea por la reconstrucción obsesiva o por diversas formas de olvido” (*La cultura* 9). Entonces, si “jamás se llegará a una conclusión satisfactoria” habría que repensar el rol del testigo, del testimonio y de los derechos humanos—todo dentro de la construcción de la memoria colectiva e individual. Una vía por donde quizás escapar a este subterfugio sería buscar los resquicios por donde el significado del testimonio se cuele. Es decir, los silencios, las lagunas, lo que no se dice. Esta forma fragmentada de ser testigo abarca un enlace entre una búsqueda del pasado y un redescubrimiento del futuro.<sup>13</sup> Y aquí es por donde también se empiezan a atisbar otro tipo de relatos.

### **Los depositarios de la memoria (primera parte): Historia e identidad en imágenes**

Desde agosto del 2012 TV Pública (el canal oficial del estado argentino) presenta de lunes a viernes dos veces por día “Nietos, historias con identidad”. En esta serie de micros (los relatos duran alrededor de tres minutos y medio), relatados por Víctor Hugo Morales, se ven otro tipo de testimonios: los de los hijos de desaparecidos que recuperaron su identidad y fueron restituidos a sus familias. “Además, se invita a todos aquellos jóvenes que tienen dudas sobre su identidad a acercarse a Abuelas de Plaza de Mayo.”<sup>14</sup> Aquí la memoria funciona de una forma que podría argumentarse puede ser postmemorial, ya que los protagonistas de los micros eran infantes cuando fueron apropiados o, incluso, algunos de ellos nacieron en los centros clandestinos de detención.<sup>15</sup> Sin embargo, también hay hijos que dan testimonio (en el sentido tradicional del relato), como Jorgelina Paula Molina Planas, quien recuerda su historia y ya era consciente de su nombre al ser apropiada y dada en adopción, y el hecho de ser re-nombrada Carolina lo vivió/vive como un hecho traumático (Jorgelina dice: “Sentí que era cambiarme la historia”).<sup>16</sup> A pesar de que las historias tienen matices diferentes, todos los micros están enmarcados en la misma estructura de presentación

del hijo o hija, la historia de los padres, la apropiación (y, en algunos casos, adopción) de los hijos y lo que significa saber la verdad sobre su historia e identidad. Es este molde estático el que parece convertir las historias tan personales en un discurso limitado a propagar la misión de las Abuelas de Plaza de Mayo. Sin duda, esta misión es necesaria, pero quizás funcionaría mejor con un poco más de espacio para dar testimonio en un formato individual (es decir, con espacio para contar otras cosas más allá de lo que el micro da lugar). Refiriéndose a los testimonios literarios, Nora Strejilevich dice que “no cuentan la historia tal como la vivió el testigo. Nunca decimos lo que vemos ni vemos lo que decimos, ni escribimos lo que vemos y lo que decimos” (20). De algún modo, estos micros de hijos de desaparecidos reflejan este pensamiento, por eso es fundamental la posibilidad de conservar estos testimonios en el archivo de la historia y enfatizar la importancia *sine qua non* del derecho humano de saber la verdad sobre nuestra historia y nuestra verdadera identidad.<sup>17</sup>

Este modo de hacer historia —de pensar la historia y la memoria como entidades que trabajan juntas, que se empalman la una con la otra— es lo que Daniel Levy llama “mnemo-history”, la cual “is not about the exploration of the past per se but rather concerned with how particular pasts are being remembered over time and how conditions for their appropriation are subject to changes” (21). Levy agrega que el pasado es inventado y reconstruido en una relación dialógica con el presente, con restricciones del pasado y con posibilidades futuras (22). Asimismo, el pasado no puede ser simplemente almacenado, sino que siempre tiene que ser procesado y mediado (22). Lo que los hijos de desaparecidos cuentan en “Nietos, historias con identidad” está mediado por lo recuerdan (o por la postmemoria heredada de los padres adoptivos y/o los abuelos) y por lo que fueron adquiriendo a lo largo de sus vidas en forma de anécdotas, fotografías, lecturas y la búsqueda personal que culmina con las Abuelas de Plaza de Mayo. Al acceder a participar en estos micros entran en la “mnemo-history” argentina y ahora son ellos los que crean parte de las memorias e historias del país.

Como es el caso de Martín Castro Mayta quien enfatiza el hecho de ver al país de los años setenta más allá de dos bandos claramente divididos. En su caso, una familia lo adoptó después de hacer varias denuncias y no encontrarse rastros de su familia biológica. Después de veinte años su tío comienza la recuperación de la identidad de Martín desde España y éste explica la importancia de formar su propio apellido con el de su padre biológico y el de su padre adoptivo ya que esto “da, por ahí un testimonio diferente. En el país no eran solamente apropiadores y víctimas, sino que había gente en el medio también que era solidaria y que ayudó y que albergó a estos chicos, como yo.” Esta idea de dar “un testimonio diferente”, de crear otra entrada en el archivo nacional, de insertarse en la memoria colectiva, funciona como respuesta o reformulación de lo ya establecido. En el conocido caso de los mellizos Matías y Gonzalo Reggiardo Tolosa, Matías se encarga de desmitificar el proceso mediático por el cual tuvieron que pasar a su vuelta a la Argentina (desde Paraguay) — un exilio impuesto por su apropiador, el ex subcomisario Samuel Miara, y amparado bajo la impunidad del gobierno de Alfredo Stroessner (1954-1989). Más allá de las dificultades que tuvieron los hermanos Reggiardo Tolosa para adaptarse a varias familias luego de abandonar a sus apropiadores, Matías enfatiza el efecto de los medios en agravar la situación: “El experimento mediático (y, a veces, fue lo más traumático) porque nosotros éramos el caso que mucha gente que sostenía la teoría de los dos demonios y que quería relativizar la lucha que Abuelas había tomado.” Gonzalo (en otro de los micros) también reconoce la “vorágine mediática” en la que los dos estaban inmersos.<sup>18</sup> La concientización del rol de los medios en, justamente, un medio de comunicación podría presentarse como una estrategia más de la “mnemo-history”: ¿qué es lo que recordamos, cómo lo recordamos y en qué medio dejamos asentada nuestra versión de la historia? (¿Y qué significa que se tenga acceso a los micros de “Nietos”

mediante la televisión, pero también que estén subidos en la Internet dando acceso libre a — literalmente— todo el mundo?) En estos casos, también son las víctimas (volviendo a pensar en Vezzetti) las que dan testimonio y fundan la representación de la memoria de postdictadura. Sin embargo, la relación que los hijos/nietos en estos micros tienen con el pasado ya no parece estar teñida con el estigma del fracaso de la generación anterior, sino del orgullo de reconocer en sus padres el intento de una vida (un país) mejor y de su valor al poner en peligro sus vidas.<sup>19</sup> Aquí es donde se podría ver la politización de los micros, ya que todos tienen esta visión del pasado y parece no haber divergencia al respecto. No obstante, es significativo para el proyecto de Abuelas —y el individual de cada hijo— que exista una conexión dialógica entre lo que se recuerda (sus historias, sus identidades) y lo que se olvida (quizás un recorte de la infancia y adolescencia en manos de apropiadores) y entre la memoria colectiva que se logra a través de los micros y los testimonios individuales de cada uno de los hijos.<sup>20</sup>

### **Los depositarios de la memoria (segunda parte): La NNA busca su propio espacio<sup>21</sup>**

En cuanto a un formato más tradicional de producción de memoria colectiva, la literatura nos ofrece otra mirada a la generación que vivió la dictadura de muy jóvenes. Además de volver sobre la discusión de la postmemoria, se encuentra aquí el caso de escritores argentinos que no son víctimas en el sentido habitual de la palabra. Es decir, no fueron afectados como los hijos de desaparecidos pero, igualmente, vivieron el trauma de un pasado atormentado. Ese pasado pesa en la memoria colectiva y más en la “cría del Proceso” (nacidos entre principios de los setenta y principios de los ochenta), para los cuales 1976 es donde comienza la pesadilla y la masacre y es todo lo que existe antes de la democracia. Elsa Drucaroff plantea la narrativa fundada en un doble movimiento con respecto a este pasado:

distancia irreductible si es el final de una etapa, pero presencia ineludible porque es el comienzo de ésta; un imaginario atravesado por un presente acuciante y sin salida, que cada vez pide más atención, pero sellado por el pasado traumático, por un conflicto que atormenta como sombra, fantasma (usaremos mucho esa palabra), la sociedad en que estos escritores crecieron.  
(27)

¿Cómo se recuerda/olvida desde esta perspectiva? ¿Cómo se inserta la memoria en un presente neoliberal menemista (años noventa) o un presente del rechazo a esas políticas neoliberales en un ámbito kirchnerista (principios siglo XXI)? ¿Cómo se interpreta — desentraña— el pasado desde ese presente?<sup>22</sup> Se podría decir que estamos lidiando con la “presentización” de ese pasado, es decir, de posicionar las complejidades que surgen en la escritura de estos relatos de la generación postdictatorial y que están fuertemente asociadas a la idea de que esta enunciación —una aproximación a la experiencia desde y en la escritura aproximación que es, en muchos casos, una reactualización del trauma. Esta (relativamente) nueva generación del mundo literario demuestra de esta manera el advenimiento de dos tiempos en la memoria: el relato que se constituye desde el presente de la enunciación y una transcripción de los recuerdos/olvidos que el escritor postdictatorial tiene de la experiencia propia/ajena (aquí depende de la edad del mismo). Asimismo, esta manifestación de los dos tiempos, también alude a la fragmentariedad del relato de postdictadura porque plantea la discontinuidad de la narración, en la medida que los tiempos se cruzan entre sí impidiendo un relato lineal.

Esta fragmentariedad se muestra partir de la crisis por la que transcurren los que escriben principalmente en los años noventa y principio de nuevo milenio. Según Elsa

Drucaroff las generaciones de postdictadura y su nueva narrativa se enfrentan a tres problemas “en relación con la generación de militancia” (53). Y aquí la autora se explaya:

El primero es cómo ser rebelde cuando los más viejos se autoatribuyen toda la rebeldía posible. ¿Cómo desobedecen los hijos el mandato paterno “sé rebelde”, una paradoja que inmoviliza y oprime? Este mandato y esta opresión se leen hoy en filigrana en las obras de la NNA, construyen situaciones explícitas o connotadas de filicidio, una mancha temática que recorre, como veremos, la narrativa de postdictadura...

El segundo problema es (suponiendo que se superara esta inmovilidad) la culpa: ¿que sería rebelarse contra “rebeldes” que, además, han sufrido persecución, tortura, muerte de amigos, hijos, hermanos, novios, y son además tan prestigiosos y respetados en el campo intelectual y la academia, ambos con hegemonía oficial democrática y progresista?

El tercero es cuál es el plus de mirada, de perspectiva, que los prisioneros de la torre<sup>23</sup> poseen allá arriba de todo. Es decir, donde esta lo nuevo, la lucidez propia de su situación vital, qué tienen para aportar al tiempo histórico concreto en que les toca ser jóvenes (el oscuro fin del siglo XX, la cínica e imbécil fiesta del período menemista, y luego este presente incierto que recién ahora permite algún básico optimismo). (53)

El planteamiento de Drucaroff destaca el rol complejo de los escritores postdictatoriales al afirmar que el trauma sigue operando en la escritura de éstos aunque no hayan sido parte activa de esa historia. Habría que admitir que la representación que se da hoy en día de este siniestro pasado—representación sostenida por los organismos de derechos humanos—es abarcada por el Estado, ¿cómo se proyecta la formación de la memoria colectiva? La NNA tiene una visión propia que parece venir desde los márgenes de esta memoria, subrepticamente, mientras el trauma sigue presente—presente y pasado al mismo tiempo—y es problematizada en un marco en el que la autocensura de años anteriores parece haberse diluido.

Por lo tanto, esta línea de pensamiento (y de escritura) da cuenta del presente, pero no de un presente aislado, sino de uno que está intrínsecamente vinculado con el pasado. En ese sentido, se produce una operación en la que la escritura de un relato del pasado es la que nos trae al presente de la enunciación. El pasado está, tiene peso propio, y esta “presentización” de un pasado con el que convivimos nos enfrenta con las dificultades de la inscripción de la memoria (y nos hace cuestionarnos qué memoria: ¿social, colectiva, individual?).<sup>24</sup> Esta situación es abordada por Beatriz Sarlo en *Tiempo Pasado* donde plantea que el “pasado es inevitable y asalta más allá de la voluntad y la razón” (159). Así es como el pasado y la memoria resultan “presentizados” en narrativas de una generación que no vivió (o no recuerda las vivencias) y este es su “plus de mirada, de perspectiva”, “lo nuevo, la lucidez propia de su situación vital, qué tienen para aportar al tiempo histórico concreto en que les toca ser jóvenes”, como se pregunta Drucaroff. Las generaciones postdictatoriales demandan su espacio entre la figura del desaparecido, los testimonios de víctimas y testigos, y “un personaje que retorna desde el pasado: el militante” (Vezzetti 218). Tanto los escritores de la NNA como los hijos de desaparecidos (en algunos casos esas identidades se colapsan en una sola persona) están embarcados en una búsqueda que los define—siempre conscientes del pasado presente—y que facilite la pertenencia a un lugar taxativo y propio para crear (y finalmente establecer) su propia memoria.

## Notes

<sup>1</sup> La palabra “desaparecidos”, así como otras (“campo”, “nosotros”, “impunidad”, “complejidad”, entre muchas otras) aparecen en el texto de Vezzetti en *itálicas*. Otro estudio podría dar cuenta de cuáles son las palabras que el autor elige enfatizar y con qué propósito.

<sup>2</sup> Andreas Huyssen se refiere al uso de los medios al decir que ciertos fenómenos mediáticos nos hacen pensar que “traumatic memory and entertainment memory together as occupying the same public space, rather than to see them as mutually exclusive phenomena” (*Present* 19). Se analizará este fenómeno en la sección “Los depositarios de la memoria”.

<sup>3</sup> Cuando se piensa en la memoria no vivida es vital repasar el concepto de postmemoria de Marianne Hirsch en *Family Frames: Photography, Narrative, and Postmemory* (Cambridge: Harvard UP, 1997). También se puede pensar hacia el futuro, en vez del pasado, lo que Vezzetti llama el futuro de la memoria, “es decir la transmisión de una experiencia a quienes no formaron parte de ella” (19). Este concepto está relacionado con lo que se discutirá más adelante en relación a los depositarios de la memoria.

<sup>4</sup> También se utilizarán las obras de Maurice Halbwachs y Andreas Huyssen para completar el marco de reflexión necesario.

<sup>5</sup> Vale aclarar que el juez Gabriel Cavallo declaró estas leyes inconstitucionales en marzo del 2001 y esta decisión fue confirmada por la Corte de Apelaciones en noviembre del mismo año.

<sup>6</sup> Una visión interesante desde donde estudiar el lugar de víctima de la dictadura es la de Pilar Calveiro en *Poder y desaparición: Los campos de concentración en Argentina* (Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1998). Como Juan Gelman enfatiza en el preludio de este texto, Calveiro decide escribir de una forma objetiva (usando la tercera persona) para hablar de un tema que ella conoce por experiencia propia. De esta forma puede teorizar el tema de los campos de concentración y (también como dice Gelman) salir de su lugar de víctima, lugar que quiso imponerle la dictadura militar.

<sup>7</sup> Se puede encontrar esta información en <http://parquedelamemoria.org.ar/sobre-el-monumento-a-las-victimas-del-terrorismo-de-estado/>

<sup>8</sup> Se referirá a esta generación en la sección “Los depositarios de la memoria”.

<sup>9</sup> Hugo Vezzetti explica en una entrevista hecha por Pablo Montanaro que hay “que distinguir entre el silencio y el consentimiento. Porque en el consentimiento no es que se silencia algo sino que directamente no se ve el crimen. [...] No sólo hay que hacer una historia de las formas de la represión que se focalizan sobre los verdugos sino también de las formas de la resistencia de distintos sectores que van a confluir con la temática de los derechos humanos. Hubo una necesidad de un silencio de precaución y de prevención. Eso es diferente, es un silencio calculado en términos de una estrategia de resistencia, que en muchos casos más que silencio era la utilización del disimulo. Había cosas que se podían decir, incluso producciones escritas, pero bajo ciertas precauciones.” (Entrevista publicada en *La Mañana de Neuquén* el 4 de julio del 2011.)

<sup>10</sup> Nora Strejilevich (escritora argentina y sobreviviente de uno de los campos clandestinos de detención) apunta, en *El arte de no olvidar*, que “[l]os testigos de los peores abusos necesitan compartir sus memorias, pero ‘el resto’ no siempre quiere oírlos” (12).

<sup>11</sup> Nora Strejilevich lo deja en claro cuando propone: “El testimonio juega en este examen un papel esencial, aun cuando el sobreviviente sepa que tiene que dar testimonio de la imposibilidad de testimoniar” (8).

<sup>12</sup> Es sugestiva la idea de que nuestro pensamiento individual se posicione dentro de la memoria colectiva y participe en ésta, ya que con esto se le otorga importancia al pensamiento de cada uno de nosotros sin perderse dentro de la gran red de la memoria colectiva. Maurice Halbwachs aclara: “It is in this sense that there exists a collective memory and social frameworks for memory; it is to the degree that our individual thought places itself in these frameworks and participates in this memory that it is capable of the act of recollection” (38). La idea de los marcos de la memoria—a través de los cuales se da sentido a la memoria individual para enmarcarla en lo social—es una idea de la cual va a valerse Elizabeth Jelin en su propio acercamiento a la memoria (en *State Repression and the Labors of Memory*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2003).

<sup>13</sup> “En comparación, las convulsiones mnemónicas de nuestra cultura parecen caóticas, fragmentarias y a la deriva” (13), agrega Huyssen.

<sup>14</sup> Se pueden ver estos micros en la página de TV Pública Digital (<http://www.tvpublica.com.ar/tvpublica/articulo?id=17489>).

<sup>15</sup> Beatriz Sarlo discute su visión de la postmemoria y explica que “[e]n el caso de los desaparecidos, la postmemoria es tanto un efecto de discurso como una relación particular con los materiales de la construcción; con los mismos materiales se hacen relatos deceptivos y horadados o reconstrucciones precarias que, sin embargo, sostienen algunas certezas aunque, de modo inevitable, permanezcan los vacíos de aquello que no se sabe” (157). Sarlo sostiene que lo que se desconoce no puede ser llamado “postmemoria” sino “una consecuencia del modo en que la dictadura administró el asesinato” (157). Cuestiono esta última afirmación y

me pregunto si esta última afirmación no vuelve a dar el poder al gobierno militar y si sería más productivo pensar que los hijos de desaparecidos poseen una postmemoria provista por sus familiares, Abuelas de Plaza de Mayo y sus propias investigaciones. <http://www.tvpublica.com.ar/articulo-a/nietos-historias-con-identidad-2/>

<sup>16</sup> Para Jorgelina el volver a su nombre original sustenta una connotación emocional que va mas allá de su propia identidad y que la enlaza con la de sus hijos, ya que es recién con su segundo hijo que asume el nombre Jorgelina nuevamente (utiliza ese nombre desde el embarazo hasta el nacimiento—lo cual no sucedió con su primer hijo) y, para ella, el hecho de recuperar su verdadera identidad es una posibilidad de transmitirla desde el comienzo.

<sup>17</sup> Daniel Levy utiliza el concepto de “puente” para describir la conexión del pasado y futuro a través de la memoria: “Here memory and its association with a particular past are not an impediment for the future but a prerequisite to enunciate a narrative (bridge) over the present” (16). Las narrativas de estos micros en TV Pública funcionan como un “puente” no sólo entre la historia y la memoria, pero también entre las generaciones pasadas, presentes y futuras.

<sup>18</sup> Beatriz Sarlo explica que “cuanto más peso tengan en la construcción de lo público los medios de comunicación, mas influirán sobre las construcciones del pasado” (128). Sería interesante cuestionarse cómo los medios de comunicación moldean la memoria de aquellos que fueron partícipes (voluntarios o involuntarios) en estos medios y cómo los medios influyen la construcción del pasado de esos participantes.

<sup>19</sup> Victoria Montenegro, en uno de los micros, dice: “No termina de fascinarme, de maravillarme, esa generación: la fuerza, la madurez, que tenían con dieciséis años.” Inclusive compara a sus padres con sus hijos, ya que ahora sus hijos tienen la edad que tenían sus padres cuando militaban.

<sup>20</sup> Varios de los hijos mencionan la violencia vivida en el hogar de los apropiadores y de sentir afecto por primera vez cuando fueron abrazados por su familia verdadera en su primer encuentro.

<sup>21</sup> NNA: Nueva narrativa argentina

<sup>22</sup> Idelber Avelar discute “la primacía epocal de la alegoría en la postdictadura. [...] Este ‘hablar otro’ no se entiende aquí sólo como una mera búsqueda de formas alternativas de habla, sino también el hablar *del* otro (en el doble sentido del genitivo), de responder a la llamada del otro. (En) la literatura postdictatorial habla al (el) otro” (316).

<sup>23</sup> “Los prisioneros de la torre” es el título del texto de Drucaroff y resume este paisaje en una cita de José Ortega y Gasset: “El individuo está adscrito a su generación, pero la generación está [...] entre dos generaciones determinadas” (34).

<sup>24</sup> No solamente qué tipo de memoria, pero la discusión incluye quién tiene el poder de recordar. En un juego de citas (de la cual me hago partícipe ahora), hacia el final de *Memorias y Nomadías*, Ana Forcinito presenta: “Hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de cacería seguirán glorificando al cazador” dice Hugo Achugar citando a Eduardo Galeano que, a su vez, cita un proverbio africano. Así comienza la reflexión de Achugar acerca de quién tiene el poder de ejercitar la memoria” (229).

## Works Cited

- Avelar, Idelber. *Alegorías de la derrota: La ficción postdictatorial y el trabajo de duelo*. Santiago, Chile: Editorial Cuarto Propio, 2000. Print.
- Donda, Victoria. *Mi nombre es Victoria: Una lucha por la identidad*. Buenos Aires: Sudamericana, 2009. Print.
- Drucaroff, Elsa. *Los prisioneros de la torre: Política, Relatos y Jóvenes en la Postdictadura*. Buenos Aires: Emecé, 2011. Print.
- Felman, Shoshana and Dori Laub. *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis, and History*. New York: Routledge, 1992. Print.
- Forcinito, Ana. *Memorias y Nomadías: géneros y cuerpos en los márgenes del posfeminismo*. Santiago, Chile: Editorial Cuarto Propio, 2004. Print.
- Halbwachs, Maurice. *On Collective Memory*. New York: Harper & Row, 1980. Print.
- Huyssen, Andreas. "La cultura de la memoria: medios, política, amnesia." *Revista de Crítica Cultural* 18 (Junio 1999): 7-15. Print.
- . *Present Pasts: Urban Palimpsests and the Politics of Memory*. Stanford, California: Stanford UP, 2003. Print.
- Levy, Daniel. "Changing Temporalities and the Internationalization of Memory Cultures." *Memory and the Future: Transnational Politics, Ethics and Society*. Ed. Yifat Gutman, Adam D. Brown and Amy Sodaro. Hampshire, England: Palgrave Macmillan, 2010. 15-30. Print.
- Montanaro, Pablo. "Hugo Vezzetti: 'Se habla tanto más del pasado de la memoria cuando más difícil es hablar del futuro'." *La Mañana de Neuquén* 4 Julio 2011. 18 Sept 2012 <<http://www.lmneuquen.com.ar/noticias/2011/7/4/113261.php>>. Web.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo Pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. México: Siglo XXI Editores, 2006. Print.
- Strejilevich, Nora. *El arte de no olvidar: Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*. Buenos Aires: Catálogos, 2006. Print.
- Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Buenos Aires: Paidós, 2008. Print.
- Vezzetti, Hugo. *Pasado y Presente: Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2002. Print.